

durante el mes de mayo, ese perfume que comunica a todos los seres la embriaguez de la fecundación, que hace que mojes tus manos en el agua del río, que en tregues á merced del viento tu cabellera y que tus pesamientos se eleven con los tallos de las flores? Una hierbecilla, la menta odorífera, es uno de los más poderosos principios de esta armonía inexplicable; así nadie puede tenerla impunemente junto á sí. Poned en un ramillete esas hojas brillantes y rayadas como una tela de listas blancas y verdes: exhalaciones inagotables que moverían en el fondo de vuestro corazón las rosas en capullo que el pudor aplasta con su peso. En derredor de la boca del vaso de porcelana suponed una fuente a la margen compuesta únicamente de esas hojas, peculiaridad de las viñas de Turena, vaga imagen de las formas queridas, plegadas como las de una esclava sumisa. De allí salen las espirales de las enredaderas de campanillas blancas, las ramitas de la ononide rosa, mezcladas con algunos helechos, tallos nuevos de encina con hojas lustrosas y magníficamente coloradas; todas avanzan posternadas humildemente como sauces llorones, tímidas y suplicantes como plegarias. Por encima de ellas ved las fibrillas sueltas, floridas y sin cesar agitadas por la brisa purpurina que vierte en oleadas su polen amarillo; las pirámides de la hierba del campo, los penachos puntiagudos de esas gramas llamadas las espigas del viento, violadas esperanzas de que se coronan los primeros sueños y que se destacan sobre el fondo gris del lino, donde la luz brilla entre sus matas en flor. Más arriba, algunas rosas de Bengala entre las dentadas hojas de la zanahoria silvestre, las plumas del lino,

marabús de la reina de los prados, los blondos cabellos de la clemátide en fruto, las aspitas de cruciata, blanca como la leche, los corumbos de mil hojas, los tallos de la fumaria de flores rosadas y negras, los ensortijados de la vid, los vástagos tortuosos de la madre selva, en fin, todo lo que esas cándidas criaturas tienen de más desmelenado, de más desgarrado, de llamas y de triples dardos, de hojas lanceoladas, desbriznadas, de tallos atormentados como los deseos enroscados en el fondo del alma. Del seno de este prolijo torrente de amor que se desborda, se alza una magnífica y doble adormidera roja acompañada de sus botones próximos á abrirse, desplegando las llamas de su incendio por encima de los jazmines estrellados y dominando la lluvia incesante de polen, nube hermosa que revolotea en el aire reflejando la luz de sus mil partículas brillantes. ¿Qué mujer, embriagada por el aroma de Afrodísio oculto en la menta, no comprenderá el lujo de ideas sumisas, la ternura turbada por movimientos indomables, el ardiente deseo del amor que pide una felicidad rehusada en las luchas cien veces entabladas de la pasión continua, infatigable, eterna? Poned uno de estos ramilletes, de estos discursos de flores, en plena luz, á fin de mostrar sus frescos detalles, sus delicadas oposiciones, sus arabescos, para que vuestra reina vea conmovida una flor de la que cae una lágrima, y estará tan á punto de ceder, que será necesario que un ángel ó la voz de sus hijos la retengan al borde del abismo. ¿Qué damos á Dios? Perfumes, luz y cantos, las expresiones más puras de nuestra naturaleza. Pues bien; todo lo que se ofrece á Dios, ¿no lo ofrecemos también al amor en ese poema

de las flores que despierta incesantemente las melancolías del corazón, acariciando voluptuosidades ocultas, esperanzas no confesadas, ilusiones que se inflaman y se extinguen como las estrellas errantes en una noche templada?

Estos placeres neutrales no sirvieron de mucho para engañar la naturaleza irritada por la continua contemplación de la persona amada, y fueron para mí, pues no me atrevo á decir para ella, como esas hendiduras por las cuales brotan las aguas contenidas por una barrera invencible y que impiden con frecuencia una desgracia dando su parte á la necesidad. Sin embargo, más de una vez he sorprendido á Enriqueta ante uno de aquellos ramilletes, con los brazos caídos, abismada en esos ensueños tempestuosos durante los cuales los deseos hinchan el pecho, animan la frente, llegan á oleadas, se estrellan espumosos y dejan en el alma una laxitud enervante. ¡Desde entonces no he hecho un ramillete para nadie! Cuando hubimos creado ese lenguaje para nuestro uso, experimentamos un contento análogo al del esclavo que consigue engañar á su amo.

Durante el resto de aquel mes, cuando corría yo por los jardines, veía á veces su rostro pegado á los cristales; pero, al entrar en el salón, la encontraba junto á su bastidor. Si no llegaba á la hora convenida, sin que jamás nos la hubiéramos indicado, con frecuencia veía su blanca forma sobre la azotea, y cuando la sorprendía esperándome, me decía:

—He venido antes que usted. ¿No hay que tener un poco de coquetería para el último hijo?

Los crueles partidos de chaquete entre el conde y yo

habían quedado interrumpidos. Sus últimas adquisiciones le obligaban á una porción de correrías, de reconocimientos y de mediciones, y estaba ocupado en dar órdenes para vigilar los trabajos campestres que reclamaban el ojo del amo y que se decidían entre su mujer y él. La condesa y yo íbamos con frecuencia á encontrarle en sus nuevas posesiones, acompañados de los dos niños, los cuales, durante el camino, corrían detrás de las mariposas, y hacían también ramilletes, ó mejor dicho, informes grupos de flores. ¡Pasearse con la mujer amada, darle el brazo, facilitarle el camino!... Estas alegrías infinitas bastan para una vida. ¡Era entonces tan confiada nuestra conversación! Íbamos solos y volvíamos con el general, sobrenombre de dulce burla que dábamos al conde cuando éste estaba de buen humor. Estas dos maneras de hacer el camino matizaban nuestros placeres con oposiciones y contrariedades cuyo secreto sólo conocen los corazones turbados en su unión. Á la vuelta las mismas felicidades, una mirada, un apretón de manos, pero entremezclados de inquietudes. La palabra, tan libre á la ida, tenía á la vuelta misteriosas significaciones, cuando uno de nosotros encontraba después de algún intervalo una respuesta á interrogaciones insidiosas, ó cuando una discusión comenzada continuaba bajo esas formas enigmáticas á las cuales se presta tan bien nuestro lenguaje y que crean tan ingeniosamente las mujeres. ¿Quién no ha gozado el placer de entenderse así, como en una esfera desconocida en que las almas se separan de la multitud y se unen, engañando las leyes vulgares? Un día tuve una loca esperanza, prontamente desvanecida, cuando, á una pregunta

del conde, que quería saber de qué hablábamos, contestó Enriqueta con una frase de doble sentido que le dejó satisfecho. Esta inocente broma hizo reír á Magdalena y ruborizarse á su madre, que con una mirada severa me dió á entender que, queriendo ser siempre una esposa irreprochable, podía retirarme su alma como me retiraba su mano. Pero esta unión puramente espiritual tenía tantos atractivos para nosotros, que al día siguiente volvimos á empezar. Las horas, los días, las semanas pasaron así, llenas de dichas inefables, y llegamos á la época de las vendimias, que son en Turena verdaderas fiestas.

Hacia fines de septiembre el sol, menos ardiente que durante la siega, permite permanecer en los campos sin ningún temor; por otra parte, es más fácil recoger los racimos que segar los trigos. La uva está madura, la recolección está hecha, el pan cuesta más barato, y esta abundancia da júbilo á la vida; en fin, los temores que inspiraba el resultado de los trabajos agrícolas, que tanto dinero y tanto sudor se gasta, han desaparecido ante los graneros llenos y las cubas prestas á llenarse. La vendimia es entonces como el alegre postre de la recolección, y precisamente en tal época el cielo sonrío siempre en Turena, donde los otoños son magníficos. En aquel país hospitalario, los vendimiadores comen y duermen en la misma casa, y estas comidas son las únicas en que aquellas pobres gentes tienen cada año alimentos substanciosos y bien preparados. Le dan el valor que en las familias patriarcales dan los niños á las fiestas de los aniversarios; así corren en pelotones á las casas cuyos dueños los tratan sin tacañería.

ría. Clochegourde estaba lleno de gente y de provisiones, la despensa constantemente abierta, y parecía que todo se animaba con aquel movimiento de obreros, de carretas en que llegaban grupos de alegres jóvenes, y de pobres labriegos que, esperando mayores salarios que durante el resto del año, cantaban por cualquier motivo. Por otra parte, y esta era otra causa de placer, las clases se confundían: mujeres y niños, amos y trabajadores, todo el mundo participaba de la divina cosecha, y estas diversas circunstancias pueden explicar la hilaridad transmitida de edad en edad que se desarrolla en esos últimos hermosos días del año, cuyo recuerdo inspiró en otro tiempo á Rabelais la forma báquica de su obra maestra. Los niños, Santiago y Magdalena, siempre enfermos, no habían estado nunca en las vendimias; yo me hallaba en el mismo caso, y tuvieron una alegría infantil viendo que yo participaba de sus emociones: su madre había prometido acompañarnos. Habíamos ido á Villaines, donde se fabricaban las cestas, á encargarlas muy bonitas, pues tratábamos de vendimiar algunas cepas reservadas á nuestras tijeras; se había convenido en que no comeríamos demasiada uva. Santiago me hizo jurar que no iría á ver vendimiar á ninguna parte y que no faltaría en Clochegourde. Nunca aquellos dos niños, habitualmente pálidos y enfermizos, estuvieron más frescos, más sonrosados, ni más revoltosos que aquella mañana. Iban y venían, y gritaban llenando de júbilo á sus padres, que nunca los habían visto así; yo llegué á ser tan niño como ellos, más niño tal vez, pues esperaba también mi parte en la recolección. Fuimos á las viñas con un tiempo hermosísimo.

¡Cómo disputábamos sobre quién encontraría los racimos más hermosos y sobre quién llenaría antes su cesto! ¡Qué idas y venidas desde las cepas á la madre! No se cogía un racimo que no se le enseñase. Enriqueta se echó á reír con esa gozosa risa de la juventud cuando, llegando detrás de su hija, le dije como Magdalena:

—¿Y los míos, mamá?

Y me respondió sonriendo:

—Querido mío, no te sofoques tanto.

Luego me pasó la mano por los cabellos, y, dándome una palmadita en la mejilla, añadió:

—¡Estás sudando!

Fué la única vez que oí esa caricia de la voz, el aliento de los amantes.

Miré los bonitos setos cubiertos de frutos rojos, escuché los gritos de los niños, contemplé los grupos de vendimiadores, la carreta llena de uva y los hombres cargados de racimos, y grabé todo aquello en mi memoria, hasta aquel joven almendro debajo del cual permanecía Enriqueta de pie, fresca, sonrosada y risueña con su sombrilla desplegada. Luego me puse á recoger racimos, á llenar un cesto y á vaciarlo en la carreta con una aplicación corporal, silenciosa y sostenida, con paso lento y medurado, que dejó libre mi alma. Experimentaba el inefable placer de un trabajo exterior que sostenía la vida limitando el curso de la pasión, que sobre aquel movimiento mecánico estaba á punto de incendiarlo todo. Entonces supe cuánta sabiduría contiene el trabajo uniforme y comprendí las reglas monásticas. Por la primera vez en mucho tiempo, el conde no tuvo reproches ni crueldades: la vista de su hijo, el futuro conde

de Lenoncourt-Mortsauf, blanco y sonrosado, con la cara llena de mosto, le alegraba el corazón. Siendo aquel día el último de la vendimia, el general prometió que por la noche habría baile delante de Clochegourde en honor de la vuelta de los Borbones, siendo la fiesta completa para todo el mundo. Al regresar, la condesa me cogió del brazo, se apoyó en él de manera que hacía sentir á mi corazón los latidos del suyo, movimiento de madre que trata de comunicar su alegría, y me dijo al oído:

—¡Usted nos trae la felicidad!

En verdad, para mí, que no conocía sus noches de insomnio, sus alarmas y su vida anterior en la que la mano de Dios la había sostenido, pero en que todo era árido y fatigoso, aquella frase, acentuada por su voz tan rica de inflexiones, me revelaba placeres que no podía darme ninguna otra mujer.

—La desgraciada uniformidad de mis días está ya rota, y la esperanza embellece mi vida—me dijo después de una pausa.—¡Oh! ¡no me abandone usted! ¡no haga traición jamás á mis inocentes supersticiones! ¡sea el primogénito que se constituye en providencia de sus hermanos!

Nada hay aquí romancesco, Natalia. Para descubrir el infinito de los sufrimientos profundos, preciso es haber echado en la juventud la sonda en esos grandes lagos al borde de los cuales se ha vivido. Si para muchos seres son las pasiones torrentes de lava que corren entre riberas abrasadas, ¿no hay también almas en que la pasión, contenida por dificultades invencibles, llena de un agua pura el cráter del volcán?

Tuvimos aún otra fiesta parecida. La señora de Mortsauf quería acostumbrar á sus hijos á las cosas de la vida y darles la conciencia de los penosos trabajos por medio de los cuales se obtiene el dinero, y les había constituido rentas sometidas á los vaivenes de la agricultura: Santiago tenía el producto de los nogales; Magdalena el de los castaños. Algunos días después se hizo la recolección de las castañas y de las nueces. Sacudir los castaños de Magdalena, oír caer los frutos que su cubierta hace rebotar sobre la superficie dura y seca de los ingratos terrenos donde se cría el castaño, ver la seria gravedad con que la niña examinaba los montones, calculando su valor, que representaba para ella placeres inagotables; las felicitaciones de Manette, el ama de gobierno, que suplía á la condesa cerca de sus hijos, las enseñanzas que preparaba el espectáculo de los trabajos necesarios para recoger los menores bienes, con tanta frecuencia puestos en peligro por las alternativas del clima; todo esto constituía una escena en que las ingenuas felicidades de la infancia parecían encantadoras en medio de los tintes graves del otoño, que comenzaba. Magdalena tenía su granero particular, donde quise ver encerrada su riqueza, participando de su alegría. Pues bien; todavía me estremezco hoy acordándome del ruido que hacía cada banastada de castañas rodando por la tierra que servía de pavimento. El conde compraba para el consumo de la casa, y los jornaleros, los pastores, todas las gentes de Clochegourde procuraban compradores á la *nena*, epíteto amistoso que los campesinos conceden también á los extraños, pero que parecía pertenecer exclusivamente á Magdalena.

Santiago fué menos feliz en la cosecha de sus nueces y lloró durante algunos días; pero le consolé aconsejándole que guardase sus frutos para venderlos algo más tarde. El señor de Chessel me había enseñado que los nogales no producen nada en Brehemont ni en las comarcas de Amboise y de Vouvray. El aceite de nuez se usa mucho en Turena; Santiago debía sacar, por lo menos, cuarenta sueldos de cada nogal, y tenía doscientos: la suma era, pues, considerable, pero el niño quería comprarse un equipo para montar á caballo. Su deseo dió lugar á una discusión pública, en la que su padre le hizo algunas reflexiones sobre la inestabilidad de las cosechas y la necesidad de crearse reservas para los años en que los árboles fuesen infecundos, á fin de tener siempre un capital regular. En medio de su silencio, reconocí el alma de la condesa, que era feliz viendo la atención con que Santiago escuchaba á su padre, y al padre reconquistando un poco de la santidad que le faltaba, gracias á la sublime mentira por ella preparada. ¿No te he dicho, al describirte esta mujer, que el lenguaje humano sería impotente para pintar sus facciones y su genio? Cuando llegan escenas de esta índole, el alma saborea sus delicias sin analizarlas; pero con qué vigor se destacan más tarde sobre el fondo tenebroso de una vida agitada! Semejantes á los diamantes, brillan engarzados en pensamientos llenos de aleación, de pesares fundidos en el recuerdo de las dichas desvanecidas. ¿Por qué los nombres de las dos posesiones recientemente compradas, y de las que el conde y su mujer se ocupaban tanto, la Cassine y la Rhetoriere, me conmueven más que los más hermosos

nombres de la Tierra Santa ó de Grecia? ¡*El que ama, lo diga!* ha exclamado La Fontaine. Estos nombres poseen las virtudes mágicas de las palabras usadas en las evoluciones, me explican la magia y despiertan seres dormidos que se levantan, me hablan, me llevan á aquel hermoso valle y crean un cielo y paisajes. Pero ¿no pasan siempre las emociones en el mundo espiritual? No te asombre, pues, ver que te entretengo con escenas tan familiares: los menores detalles de esa vida sencilla y casi común, han sido como otros tantos lazos, débiles en apariencia, por medio de los cuales me unía estrechamente á la condesa.

Los intereses de sus hijos daban á la condesa tantos cuidados como su débil salud. Muy pronto reconoció la verdad de lo que me había dicho relativo á su papel secreto en los negocios de la casa, en los cuales me inicié lentamente, aprendiendo detalles que debe conocer el hombre de Estado. Tras diez años de esfuerzos, la condesa de Mortsauf había cambiado el cultivo de sus tierras poniéndolas *á cuatro*, expresión de que sirven en el país para explicar los resultados del nuevo método, según el cual los labradores no siembran trigo en una tierra sino cada cuatro años, á fin de sacarle, en los otros tres, otros productos diferentes. Para vencer la obstinación de los labriegos, tuvo que dividir las tierras en cuatro grandes alquerías y arrendarlas *á medias*, género de arrendamiento particular en Turena y en los países cercanos. El propietario da la habitación, las dependencias de explotación y las simientes á los colonos de buena voluntad, con los cuales parte los gastos de cultivo y los productos; este reparto es vigilado por un

capataz encargado de recoger la mitad del propietario, sistema costoso y complicado por una contabilidad que varía á cada momento la naturaleza de los repartos. La condesa había hecho que su marido cultivase una quinta-granja compuesta de tierras reservadas alrededor de Clochegourde, tanto para tenerle ocupado como para demostrar á sus arrendatarios á medias, por la evidencia de los hechos, la superioridad del nuevo método. Como era dueña de dirigir los trabajos, había hecho edificar lentamente y con su persistencia de mujer, dos de sus alquerías sobre el mismo plan de las granjas del Artois y de Flandes, siendo muy fácil adivinar su designio. Al expirar los arrendamientos á medias, la condesa quería componer, con las alquerías, dos hermosas granjas, y arrendarlas por dinero á gentes activas é inteligentes, á fin de unificar las rentas de Clochegourde. Temiendo morir la primera, trataba de dejar al conde rentas fáciles de cobrar, y á sus hijos bienes que ninguna torpeza pudiera poner en peligro. En aquella época los árboles frutales, plantados hacía dos años, estaban en pleno rendimiento. Las cercas, que garantizaban las fincas de toda disputa futura, estaban ya crecidas; los álamos, los olmos, todo se había dado bien. Con estas nuevas adquisiciones é introduciendo por todas partes el nuevo sistema de explotación, las tierras de Clochegourde, divididas en cuatro grandes granjas, de las cuales había que edificar dos, podían rentar diez y seis mil francos en dinero, á razón de cuatro mil francos por granja, sin contar las viñas, la granja modelo, ni la parte de bosque. Los caminos de las cuatro granjas debían afluir á una carretera que, desde Clochegourde, iría á enla-

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BURGOS

zarse con el camino de Chinón, y no siendo más que de cinco leguas la distancia entre esta carretera y Tours, los arrendatarios no debían faltar, sobre todo entonces en que todo el mundo hablaba de las mejoras hechas por el conde, de sus éxitos y de la bonificación de sus tierras. La condesa quería gastar unos quince mil francos en cada una de las posesiones compradas para convertirlas en dos grandes granjas, con el objeto de arrendarlas mejor después de haberlas cultivado durante un año ó dos, teniendo al frente de ellas á un tal Martineau, el mejor y el más probo de los capataces, el cual iba á encontrarse sin colocación, porque estaban para finalizar los arrendamientos á medias de las cuatro alquerías, y había llegado el momento de reunir las en dos granjas para arrendarlas por dinero. Sus ideas, tan sencillas, pero complicadas con un gasto de treinta mil francos, eran en aquel momento objeto de largas discusiones entre el conde y ella, disputas en las cuales no estaba sostenida más que por el interés de sus dos hijos. Este pensamiento: «Si yo muriese mañana, ¿qué sería de ellos?» la hacía estremecer. Sólo las almas dulces y pacíficas en las cuales es imposible la cólera, y que tratan de hacer reinar en torno suyo su profunda paz interior, pueden saber cuánta fuerza es necesaria para esta lucha, qué oleadas de sangre afluyen al corazón antes de entablar el combate, y qué cansancio se apodera de ellas cuando nada han conseguido después de haber luchado. Cuando sus hijos estaban más robustos, más ágiles, más alegres, pues la estación había producido en ellos este saludable efecto; cuando los seguía en sus juegos, experimentando un contento que renova-

vaba sus fuerzas y refrescaba su corazón, la pobre madre tenía que sufrir los quisquilleos injuriosos y los punzantes ataques de una áspera oposición. El conde, asustado de aquellos cambios, negaba sus ventajas y su posibilidad con una terquedad inaudita, y á razonamientos concluyentes oponía las objeciones de un niño que discutiese la influencia del sol en verano. La condesa le venció, y esta victoria del buen sentido sobre la locura, calmó sus penas y la hizo olvidar sus heridas. Aquel día fué á pasear por la Cassine y la Rhetoriere, á fin de decidir las construcciones. El conde iba solo delante, los niños nos separaban, y nosotros marchábamos detrás, andando lentamente, pues Enriqueta me hablaba con un tono dulce y bajo que hacía semejar sus frases al murmullo de las olas que se tienden sobre la fina arena.

—Estaba segura del éxito,—me decía.—Iba á establecerse una competencia para el servicio de Tours á Chinón, emprendida por un hombre activo, por un primo de Manette, que quería tener una granja en el camino. Su familia era numerosa; el hijo mayor conduciría los coches; el segundo se dedicaría al comercio; el padre, situado en el camino, en la Rabelaye, una de las granjas que iban á arrendarse, podía cuidar de los relevos y cultivaría las tierras, abonándolas con los estiércoles de sus cuadras. En cuanto á la otra granja, la Baude, que se encontraba á dos pasos de Clochegourde, uno de los cuatro colonos, hombre probo, inteligente, activo y que comprende las ventajas del nuevo cultivo, ofrecía ya tomarla en arriendo. Quedaban la Cassine y la Rhetoriere, pero aquellas tierras

eran las mejores del país, y una vez construídas las granjas y los cultivos en pleno valor, bastaría anunciarlas en Tours. En dos años, Clochegourde produciría así veinticuatro mil francos de renta próximamente. La Gravelotte, que pertenece al señor de Mortsauif y estaba situada en el Maine, acababa de ser arrendada en siete mil francos por nueve años; la pensión de mariscal de campo era de cuatro mil francos. Si estas rentas no constituían aún una fortuna, procuraban, por lo menos, un gran bienestar, y más tarde otras mejoras permitirían tal vez ir á París para velar por la educación de Santiago, dentro de dos años, cuando la salud del presunto heredero estuviese asegurada.

¡Con qué estremecimiento pronunció la palabra *Paris!* Yo estaba en el fondo del proyecto; quería separarse lo menos posible de su amigo. Esta palabra inflamó mi entusiasmo: le dije que no me conocía, y que, sin decirlo, había resuelto terminar mi educación trabajando día y noche para ser el preceptor de Santiago, pues no podía soportar la idea de que hubiera un joven en la casa. Estas palabras la hicieron ponerse seria.

—No, Félix—me dijo,—eso no será, como no será tampoco lo de hacerse cura. Si por una sola palabra ha penetrado usted en el corazón de la madre, la mujer le ama demasiado sinceramente para permitir que sea víctima de su adhesión. No quiero permitir eso; no quiero serle funesta en nada! ¡Usted, vizconde de Vandenesse, preceptor! ¡Usted, cuya noble divisa es: *Ne se vende!!* Aunque fuera un Richelieu, se hubiera contratado para siempre la carrera. Causaría usted á su

familia las más grandes contrariedades. Amigo mío, usted no sabe cuánta impertinencia pone una mujer como mi madre en una mirada protectora, cuánto rebajamiento en una palabra, cuánto desprecio en un saludo!

—Y si usted me ama, ¿qué me importa el mundo?

Fingió no haberme oído, y continuó:

—Aunque mi padre sea un hombre excelente y esté dispuesto á concederme todo lo que pida, no le perdonaría á usted haberse colocado mal en la sociedad, y se negaría á protegerle. No quisiera verle á usted preceptor ni del delfín. Acepte la sociedad tal cual es y no cometa torpezas. Amigo mío, esa proposición insensata de...

—De amor—dijo en voz baja.

—No, de caridad—respondió conteniendo las lágrimas;—ese loco pensamiento me ilumina respecto á su carácter; su corazón le perjudicará. Desde este momento reclamo el derecho de enseñarle ciertas cosas; deje usted á mis ojos de mujer el cuidado de ver alguna vez por usted. Sí; desde el fondo de Clochegourde quiero asistir, muda y extasiada, á sus triunfos. Respecto al preceptor, esté usted tranquilo; encontraremos algún viejo abate, un antiguo sabio jesuita, y mi padre sacrificará con gusto alguna cantidad para la educación del niño que debe llevar su nombre. Santiago es mi orgullo. Tiene once años; pero le sucede lo que á usted; cuando le vi á usted por primera vez, creí que no pasaba de trece.

Habíamos llegado á la Cassine, por donde Santiago, Magdalena y yo la seguimos como los niños siguen á



su madre. La dejé un momento y me dirigí al sitio en que Martineau el guarda examinaba, con su hermano, si los árboles debían ó no ser derribados. Discutían este punto como si se tratase de cosa propia, y entonces vi cuán amada era la condesa. Se lo dije así á un pobre jornalero que, con el pie sobre el hierro de su hacha y el codo en el mango, escuchaba á los dos doctores en pomología y me respondió:

—¡Oh! sí, señor; es una buena señora, y nada orgullosa, como todos esos bribones de Azay, que nos verían reventar como perros antes de adelantarnos un sueldo por labrar una toesa. El día que la señora dejase el país, la santa Virgen lloraría y nosotros también. Ella defiende sus derechos, pero conoce nuestras penas y las tiene en cuenta.

¡Con qué placer hubiera dado á aquel pobre hombre todo mi dinero!

Algunos días después llegó un caballito para Santiago, á quien su padre, excelente jinete, quería acostumbrar lentamente á las fatigas de la equitación. El niño tuvo, pues, un precioso traje de montar, comprado con el producto de los nogales. La mañana en que tomó la primera lección acompañado de su padre, y en medio de los gritos de sorpresa de Magdalena, que saltaba sobre el fresco césped en medio del círculo que recorría su hermano, fué para la condesa la primera fiesta verdadera de su maternidad. Santiago llevaba un cuellecito bordado por su madre, un gabanito de paño azul celeste ceñido con un cinturón de charol, pantalón blanco y una gorrita escocesa, de las que se escapaban, en gruesos rizos, sus cabellos dorados

estaba hermosísimo. Todas las gentes de la casa se agrupaban junto al picadero, participando de aquella felicidad doméstica. El joven heredero sonreía á su modo al pasar y se mantenía sin miedo. Aquel primer acto de hombre en un niño que con tanta frecuencia había estado cerca de la muerte; la esperanza de un hermoso porvenir, garantizado por aquel paseo, que se le presentaba tan hermoso y fresco, ¡qué deliciosa recompensa! La alegría del padre, que se remozaba y sonreía por primera vez después de mucho tiempo, la felicidad pintada en los rostros de todas las gentes de la casa, el grito de un viejo picador de Lenoncourt, que volvía de Tours y que, viendo la gallardía del novel jinete, exclamó: «¡Bravo, señor vizconde!», todo aquello era demasiado. La señora de Mortsauf se inundó en lágrimas. Ella, tan tranquila en el dolor, se encontraba débil para soportar la alegría de admirar á su hijo cabalgando sobre la arena en que le había llorado por muerto paseándolo al sol. En aquel momento se apoyó en mi brazo sin remordimiento alguno, y me dijo:

—¡Creo que jamás he sufrido! ¡No me abandone usted hoy!

Terminada la lección, Santiago se arrojó en los brazos de su madre, que lo estrechó con esa fuerza que comunica el exceso de cariño, y lo cubrió de besos y caricias. Fuí con Magdalena á hacer dos ramilletes para adornar la mesa en honor del infantil caballero, y cuando volvimos al salón, la condesa me dijo:

—El 15 de octubre será seguramente un gran día. En él ha tomado Santiago su primera lección de equitación y yo acabo de dar la última puntada á mi trabajo.

—Pues bien, Blanca—dijo el conde riendo,—voy a pagarte.

Y ofreciéndole el brazo, la llevó al primer patio, donde vió una carretela que su padre le regalaba y para la cual el conde había comprado en Inglaterra dos caballos, traídos con los del duque de Lenoncourt. El viejo picador lo había preparado todo en el patio durante la lección. Entramos en el carruaje y fuimos a ver el trazado de la alameda que debía ir en línea recta desde Clouchegourde hasta el camino de Chinde y que las últimas adquisiciones permitían abrir á través de los nuevos dominios. Al volver, la condesa me dijo:

—Soy demasiado feliz; la dicha es para mí como una enfermedad; me aniquila y tengo miedo de que se borre como un sueño.

Yo la amaba demasiado apasionadamente para no estar celoso, y no podía darle nada; en mi despecho buscaba un medio de morir por ella. Preguntóme que pensamientos velaban mis ojos y se los dije sencillamente; conmovióse más por mis palabras que por todos los regalos, y llevándome luego á la galería, alivió mi corazón oprimido, diciéndome al oído:

—¡Ámeme usted cómo me amaba mi tía! Ámame así, ¿no es darme su vida? Y al aceptarla yo, ¿no me convierto para siempre en su obligada? Ya era tiempo de que concluyese mi puntilla—continuó volviendo al salón, donde le besé la mano, como para renovar mi pensamiento.—¿Sabe usted, Félix por qué me impongo esa larga tarea? Los hombres encuentran en las obligaciones de su vida recursos contra los pesares; el mo-

vimiento de los negocios les distrae; pero las mujeres no tenemos ningún punto de apoyo contra los dolores. Á fin de poder sonreír á mis hijos y á mi marido cuando me embargaban horribles desvaríos, tuve necesidad de regularizar el pensamiento por medio de un movimiento físico, y así cortaba las atonías que siguen á los grandes gastos de fuerza, como también los relámpagos de la exaltación. La acción de levantar los brazos en tiempos iguales mecía mi pensamiento y comunicaba á mi alma, donde rugía la tempestad, la paz del flujo y reflujo, regularizando así sus emociones. Cada punto tenía la confianza de mis secretos, ¿comprende usted? Lo que usted decía en sus ramilletes, se lo confiaba yo á mis dibujos.

La comida fué alegre. Santiago, feliz como todos los niños cuando ven que se ocupan de ellos, me saltó al cuello al ver las flores en forma de corona que para él había cogido. Su madre afectó reñirme por aquella infidelidad, pero ¿con qué gracia le ofreció el niño aquel ramillete envidiado! Por la tarde jugamos al chaquete los tres, yo solo contra los señores de Mortsauf, y el conde estuvo encantador. En fin, á la caída de la tarde me condujeron hasta el camino de Frapesle, gozando de uno de esos crepúsculos tranquilos cuyas armonías dan en profundidad á los sentidos todo lo que pierden en vivacidad. Fué aquel un día único en la vida de aquella pobre mujer, un punto brillante que vino con frecuencia á acariciar un recuerdo en las horas difíciles. En efecto, las lecciones de equitación fueron bien pronto motivo de discordias: la condesa temía, con razón, los duros apóstrofes del

padre para el hijo. Santiago enflaquecía otra vez; sus bellos ojos azules perdían la viveza, y, para no entretener á su madre, el niño sufría en silencio. Yo encontré un remedio al mal, aconsejándole que, cuando su padre se encolerizase, le dijera que estaba fatigado; pero estos paliativos no eran suficientes y hubo necesidad de sustituir al padre por el viejo picador. El conde no se dejó arrancar su discípulo sin oponer una gran resistencia. Las riñas y las disputas volvieron: el conde encontró pretextos para sus quejas en el poco agraciamiento de las mujeres, y más de veinte veces cada día echó en cara á su esposa las libreas, la carretela y los caballos. Por fin ocurrió uno de esos sucesos á los cuales se agarran con tanto gusto los caracteres de ese género y los enfermos de esa especie. Los edificios de la Cassine y la Rhetoriere estaban completamente ruinosos; los gastos que se hicieron para repararlos subieron á mucho más de lo calculado, por haberse venido abajo algunos techos y paredes. Un obrero cometió la torpeza de anunciar esta nueva al señor de Mortsaun en lugar de dársela á la condesa, y esto fué objeto de una disputa que empezó dulcemente, pero que se envenenó por grados, y en la que la hipocondría del conde, apaciguada desde hacía algunos días, cobró, por decirlo así, sus atrasos á la pobre Enriqueta.

Este día salí de Frapesle á las diez y media después de almorzar, y me dirigí á Clochegourde para hacer un ramillete con Magdalena. La niña había puesto los dos floreros sobre la balaustrada de la terraza, y yo recorrí los jardines y el campo buscando esas flores de otoño tan bellas y tan escasas. Al volver de mi última correría

no vi en la azotea á mi pequeño ayudante y oí gritos en Clochegourde. Á poco volvió Magdalena.

—El general—dijo llorando (esta palabra era, en su boca, un epíteto hacia su padre),—el general riñe á nuestra madre; vaya usted á defenderla.

Subí volando las escaleras y llegué al salón sin que el conde ni su mujer me viesen. Al oír los gritos del loco, fuí á cerrar las puertas; volví en seguida, y vi á Enriqueta tan blanca como la cera.

—No se case usted jamás, Félix—me dijo el conde;—las mujeres están aconsejadas por el diablo; la más virtuosa inventaría el mal si no existiese; son animales feroces.

Oí entonces razonamientos sin principio ni fin. Apoyándose en sus negativas anteriores, el conde repitió las tonterías de los labriegos que rechazaban el nuevo método de cultivo y aseguró que si él hubiera dirigido la explotación de Clochegourde, sería dos veces más rico que era. Formulando sus blasfemias de una manera violenta é injuriosa, juraba como un energúmeno, golpeaba los muebles y no se estaba quieto; de pronto, en medio de una frase, se interrumpía para decir que su cabeza ardía ó que el cerebro se le escapaba á oleadas como el dinero; su mujer le arruinaba. El desgraciado olvidaba que, de las treinta mil libras de renta que poseía, la condesa había aportado ya más de veinte, y los bienes del duque de Lenoncourt, que estaban reservados á Santiago, producían más de cincuenta mil francos al año. La condesa sonreía soberbiamente y miraba al cielo.

—Sí—exclamaba el conde,—sí, Blanca, eres mi ver-

dugo... me asesinas... Te peso, y quieres desembarazarte de mí... Eres un monstruo de hipocresía. ¡Y se ríe! ¿Sabe usted por qué se ríe, Félix?

Yo guardaba silencio y bajé la cabeza.

—Esta mujer—repuso dándose él mismo la respuesta—turba mis alegrías; es tanto mía como de usted, y pretende ser mi esposa! Lleva mi nombre y no cumple ninguno de los deberes que las leyes divinas y humanas le imponen, y engaña así á los hombres y á Dios. Me obliga á andar de un lado para otro á fin de que me abrume el cansancio y la deje sola; le desagrado, me odia, y dedica todo su arte á permanecer como soltera. Me vuelvo loco con las privaciones á que me sujeta, porque todo refluye á mi pobre cabeza; me mata á fuego lento, y, sin embargo, se cree una santa y comulga todos los meses.

La condesa lloraba á mares, humillada por el rebajamiento de aquel hombre, y se limitaba á decir por toda respuesta:

—¡Señor! ¡señor! ¡señor!

Aunque las palabras del conde me habían hecho avergonzar, tanto por él como por Enriqueta, agitaron violentamente mi corazón, pues respondían á los sentimientos de castidad, de delicadeza, que son, por decirlo así, la base de los primeros amores.

—¡Es casta á costa mía!—exclamó el conde.

—¡Señor!...—gimió la condesa.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir ese acento impetuoso? ¿No soy el amo? ¿Tendré que verme en la precisión de hacértelo conocer?

Y avanzó hacia ella, presentándole su cabeza de

blanco, que aparecía espantosa, pues sus ojos tomaron una expresión que le hacía parecerse á una fiera hambrienta saliendo de un bosque. Enriqueta se deslizó del sillón al suelo para recibir el golpe, que no fué asutado; pero permaneció tendida, inmóvil, sin conocimiento. El conde se quedó atontado como un asesino que siente saltar á su rostro la sangre de su víctima. Tomé en mis brazos á la pobre mujer, sin que el conde me ayudara, como si se considerase indigno de tocarla; pero se adelantó para abrir la puerta de su aposento, contiguo al salón, estancia sagrada donde jamás había yo entrado. Puse á la condesa de pie y la sostuve con un brazo, pasando el otro en torno de su talle, en tanto que el conde quitaba la colcha y el almohadón de la cama: luego la levantamos y la acostamos vestida. Al volver en sí, Enriqueta nos hizo seña de que desatásemos su cinturón. El señor de Mortsauf buscó unas tijeras y lo cortó; yo le hice aspirar un frasco de sales, y abrió los ojos. El conde salió del cuarto, más bien avergonzado que pesaroso. Transcurrieron dos horas en un silencio profundo. Enriqueta tenía su mano en la mía y la estrechaba sin poder hablar. De cuando en cuando levantaba los ojos para decirme con una mirada que quería permanecer tranquila y en silencio; luego hubo un momento de tregua en que se incorporó sobre el codo y me dijo al oído:

—¡El desgraciado! si usted supiera...

Y volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada. El recuerdo de sus penas pasadas, unido á los dolores presentes, le produjo convulsiones nerviosas que no puede calmar sino por medio del magnetismo del amor,